

»Ya la espantosa escena se mudaba,
Y un llano presentábase á mi vista
De ardiente arena, y alumbrado sólo
Por una niebla vaporosa y fría,

»Y cruzaban por él, en sordos gritos,
Venganza demandando, blanquecinas
Siete fantasmas, y si huyendo acaso
De cada cual de estas visiones, iba

»A revolver la faz hácia otra parte,
Siempre á mi lado, siempre, ¡oh Dios! tenía
Un coloso infernal, que me alargaba
Un hierro matador con fiera risa,

»Y, *Toma, no te queda otro consuelo,*
Con penetrante voz me repetía.
¡Oh, qué noche!... ¡oh, qué noche! De la aurora
El resplandor primero le dió cima.

»De mi imaginacion el desarreglo,
Por mi atroz situacion clavada y fija
Siempre en mi mente, fuera de juicio
Me tuvo, aunque postrado, largos días.

»Siempre las noches espantosas eran
Con escenas fantásticas continuas:
Siempre eran de dolor y acerbo llanto
Las mañanas y tardes. Persistía

»Siempre, que ni un momento me dejaba,
Junto á mí, armando á mi constancia insidias
El infernal coloso, y ofreciendo
La daga por consuelo á mis fatigas.

»Era el maligno espíritu, encargado
De procurar mi perdicion. Benigna
Empero del Señor la santa diestra
Acorrióme piadosa, y compasiva,

»Me libró del furor de los infiernos,
Me contuvo en el borde de la sima.
¡Tu omnipotencia y tu bondad, Dios mio,
Los hombres y los ángeles bendigan!

»Mas donde claramente relucieron
La providencia y la piedad divinas,
Fué en la vision con que cobré el juicio,
Y la razon mi mente oscurecida;

»Y que á mi corazon despedazado
Todo el consuelo dió, que mis desdichas
Capaces eran de tener, abriendo
A la resignacion el alma mia.

»Despues de algunos meses de espantosos
Accesos de furor y de vigiliass
Tenaces, de mi cuerpo apoderóse
Con ardoroso afan fiebre maligna,

»Que consumió mis fuerzas y en el lecho
Postrado me dejó por cinco días.
Pero en sudor copioso terminando,
Despareció por fin; tan abatida

»Debilidad dejándome, que apenas
Un momento tenerme en pié podía.
En postracion tan grande, de un profundo
Sueño no interrumpido las delicias

»Conseguí disfrutar; y cuando estaba
En su dulce descanso, ante mi vista
Magnífico espectáculo ofrecióse,
Que ni un momento mi memoria olvida.

»Víme pues entre nubes y celajes,
Que de oro el sol y de risueñas tintas
Matizaba esplendente: en un abismo
Bajo mis piés al mundo descubria,

»Envuelto en sombras densas; y un torrente
De purísimas luces difundian
Sobre mí las estrellas. Luégo escucho
Són celestial de música divina,

»Y abriéndose los cielos, entre un coro
De eternals espíritus, divisan
Mis ojos siete jóvenes gallardos,
Que en esplendor al mismo sol vencian.

»Eran sus vestes como nieve puras,
Azucenas que el tiempo no marchita
Coronaban sus frentes; en sus manos
Palmas eternas, venerable insignia

»De los mártires santos ostentaban;
Y en sus cuellos brillaba, como brillan
De esposa en cuello virginal rubies,
La huella de una bárbara cuchilla.

»Conocílos al punto: eran mis hijos,
Mis hijos felicísimos que habitan
La mansion celestial. Estremecíme
De gozo, y desperté. La luz del día

»Llenaba mi prision: salté del lecho,
Arrojéme en el suelo de rodillas,
Consoladoras lágrimas bañando
Mi confundida faz. En voz sumisa

»Oré por largo rato ante el Eterno;
Y al mismo tiempo en mi interior sentía
Un bálsamo celeste difundirse,
Y mi alma humilde descansar tranquila.

»Ya no ví más al tentador coloso,
Que hasta entónces las noches y los días
Me atormentó tenaz; y aunque en mi pecho
Siempre estaban grabadas mis desdichas,

»De Dios con los decretos resignado,
Hallé constancia en mí para sufrirlas.
Pasáronse los años; presurosa
Vino á mí la vejez; sus manos frias

»De mi vigor los restos me robaron,
Y todos los achaques y fatigas,
Que su cortejo forman, se reunieron
Y descargaron sobre mí sus iras.

»Inflamacion terrible y dolorosa
Con agudas punzadas, repentina
Mis ojos atacó, debilitados
Con mi largo llorar. La luz del día,

»Que fué hasta entónces mi mayor consuelo,
Se tornó mi más bárbara enemiga;
Porque sus penetrantes resplandores
Destrozaban mis débiles pupilas.

»Pedí á mi carcelero algun socorro;
El cual, feroz como las fieras mismas,
Persistió en su silencio, sin mostrarme
Ni siquiera la frente compasiva.

»Abandonado así, con mis clamores
El alcázar soberbio estremecía,
Privado no tan sólo de consuelo,
Sino tambien de auxilio y medicinas.

»Con tormentos de rabia me arrastraba
Fuera del lecho por las losas frias,
Buscando una postura que aliviase
Mi punzante dolor, y la vasija

»Del agua derramaba sobre el rostro.
Esto aumentó la enfermedad maligna,
Que terminó por fin, en noche eterna
Sumergido dejándome sin vista,

»Cual me mirais. ¡Terrible fué este golpe!
Mas para soportarlo, la divina
Misericordia suficiente fuerza
Me concedió tambien. Esta excesiva

»Desgracia amortiguó completamente,
Y destruyó mi ansiosa fantasía;
Y falta de esperanzas y deseos,
Carga ya inútil, arrastré la vida.

»Los siete golpes de las siete piedras,
Que la alta claraboya siempre herian,
Me daban á entender que era de noche:
De la puerta las barras y aldabillas,

»Y la entrada del mudo carcelero
Me daban á entender que era de día;
Y por ambos estruendos computaba
El tiempo perezoso. En mi mezquina

»Mente aún alguna vez cierta vislumbre
De esperanza falaz y fugitiva
Tornó á brillar; pero extinguióse al punto,
Y mi labio osa apenas referirla.

»Cuando salí de Córdoba, la tuve
De dejar un sosten de mi familia,
Y acaso un vengador... Mas ¡ay! el fruto
De un afecto culpable, de una indigna

Pasion para un cristiano hubiera sido;
Y del cielo irritado la justicia
Un consuelo, producto de las culpas,
Por que tan sábiamente me castiga,

»No me ha querido conceder... No existe...
Plegue á la Providencia... Me horroriza
Que un pecho acaso, do mi sangre hierve,
De Dios blasfeme ciego en la mezquita!!!

»¡Piedad!... ¡piedad, Señor!» Aquí el anciano
La voz ahogada, el alma confundida
Con súbito terror, quedó en silencio;
Y con las manos trémulas y frias

La faz rugosa se cubrió. La turba,
Que toda la atención clavada y fija
Tiene en su rostro y en su labio, calla,
Y de su mudo acento participa.



Nadie alentó. Después de un corto rato
De estar la narración interrumpida,
Lanzando un profundísimo suspiro,
El gran Gustios así tornó á seguirla.

«Ciego estaba, agobiado por los años,
Mas resignado en la suerte mía,
Sin deseos, temores ni esperanzas,
Y ya sin fuerza hasta mis penas mismas,

»Siendo más bien que un hombre, un frío ca-
Que respiraba acaso y se movía. (dáver
Horas y meses, estaciones y años,
Como sobre un sepulcro, discurrían

»Sobre la torre en que encerrado estaba,
Cuando por fin (hoy hace nueve días),
Al entrar como siempre el carcelero
Por la mañana en mi prisión mezquina,

»Escuché humano acento con sorpresa,
Y acento de una voz grata y benigna.
La fuerte conmoción que aquí en el pecho,
Sentí, no me es posible describirla.

»Tardo el oído, apenas las palabras
Que escuchaba, entendí; pero á gran prisa
Salté del lecho y extendí ambas manos,
Hacia do el són casi olvidado oía;

»Y mi nombre escuché, y un gran gemido,
Y me sentí abrazar... ¡Oh gozo!... ¡oh dicha!
Reconocí la voz... era de Nuño,
Del generoso Nuño... Alguna insidia

»Que á mi constancia el tentador tramaba,
Aún pude sospechar; mas las amigas
Expresiones dulcísimas y tiernas,
Que encantándome el alma repetían

»Los fieles labios del discreto Nuño,
Y el raudal de preguntas, de noticias
Confusas todas, de ásperos recuerdos,
De nuevas esperanzas y alegrías,

»Que de su boca rápido brotaba;
Y sus tiernos abrazos y caricias,
El tono con que hablaba al carcelero,
Y su empeño en sacarme á toda prisa

»De aquella torre, me indicaron pronto
Favorable mudanza repentina;
Y quedé en un estúpido silencio,
En inacción completa. No podían

»Mis piés andar, y en cuanto el aire libre
Mi pecho respiró, como sin vida
Me hundí en letal desmayo. Al recobrar-me,
Me hallé en un lecho cómodo, y la amiga

»Voz de Nuño escuché, con otras voces
Gratas, aunque por mí no conocidas.
Sirviéronme exquisitos alimentos,
Restauradas sentí las fuerzas mías,

»Dí gracias al Señor omnipotente,
Y con Nuño entablé larga y prolija
Conversación, para saber la causa
Que libre y á su lado me tenía.

»Contóme, pues, la muerte de Don Sancho...
(¡Dios en el tribunal de su justicia
Le haya mirado con benignos ojos,
Y en la mansión celeste lo reciba!)

»Y que Fernán-González, á quien niño
En Burgos conocí, ya de Castilla
Era Conde supremo, el cual clemente
Ponerme en libertad mandado había.

»¡Ah! de perdon el humillante nombre,
Que para el inocente es de ignominia,
En su decreto está, y al escucharlo,
Noté que harto incompleta era mi dicha.

»Bienes y libertad me vuelve, amigos,
No la honra, no la fama... Aún la divisa
De traición mis palacios ennegrece...
Rui-Velázquez gobierna todavía...

»Y pasarán á los remotos siglos
La afrenta y el baldón de mi familia...
¿Qué pronuncio?... ¡Infeliz! ¿La tengo acaso?...
Yo soy de ella el postrero... ¡Oh Dios!... bendita

»Tu mano sabia y bondadosa sea,
Que me ha privado de la inútil vista,
Libertándome así de ver la marca
Injusta, atroz y nunca merecida,

»Mas siempre infame, que en mis puertas dice,
Cuán grande es de los hombres la perfidia,
Y ¿por qué no ha dejado al pecho mío
Fuerzas para borrarla y confundirla?...

»¡Oh Dios! ¡Oh Dios!... A Salas anheloso
Venir mi pecho ansió, y á los tres días
De haber salido de la torre, en marcha
Me puse, y hoy llegué, no sin fatiga.

»Libre en Salas estoy, sí... ¡Cielo santo!
¿Es un bien, ó es un mal?... ¿Es una dicha,
O un infortunio nuevo haber salido
De la estrecha prisión?... Allí vivía,

»O, por mejor decir, ya muerto estaba
(Que no siempre está vivo el que respira),
Sin placer ni dolor, pues la costumbre
De padecer y de sufrir nos quita

»La sensación al cabo, y adormece,
Y el tormento más áspero amortigua;
Mas ahora nuevamente se han abierto
A mis pasos las puertas de la vida,

»Y por ella camino sobre abrojos,
Encontrando pasiones ya perdidas,
Lo pasado anulando á lo presente,
Solo, entre precipicios y ruinas.»

Quedó en silencio el venerable anciano,
Al terminar su relación sucinta.
El confuso rumor del auditorio
Mostró el gran interés y simpatía

Que en los pechos de todos encontrara.
El discreto Arcipreste una prolija
Plática de conforto y de consuelo,
Toda empedrada de oportunas citas

De la santa Escritura, dirigióle,
Y luego los hidalgos de la villa
Respetuosas ofertas; y entre el pueblo
Resonaron de nuevo aplauso y vivas.

En tanto el ama, que con gran conato
Y con lágrimas siempre las mejillas
(Pues era tan curiosa como fresca,
Y á la par de hacendosa compasiva),

Oyó la narración; sale un momento
Y primorosa y pulcra, en la cocina
Con miel, vino y naranja confecciona
Para el buen viejo una cordial bebida;

Y al comedor tornando, en una taza
De plata, acomodada en su salvilla,
Se la ofrece, rogándole la acepte
Como una imponderable medicina.

De ella bebió algún sorbo el noble anciano
Dando á la dueña gracias expresivas.
Aquietóse la turba nuevamente,
Y en Nuño todos sus miradas fijan.

Este saciando el general deseo,
Contó la historia larga y peregrina
De sus raros sucesos y aventuras,
En los lejanos orientales climas.

Empezó refiriendo que en el campo,
Do los infantes perecido habian,
Quedó bañado en sangre, moribundo,
Destrozado el arnés, lleno de heridas,

De que mostró las hondas cicatrices.
Recordó, que llevado á una alquería,
Encontró grato auxilio; y que curado,
Tornó sin detenerse hácia Castilla,

Donde sabiendo la prision de Lara,
A Lerma fué, juzgando que podría
Verle y hablarle; mas que vanas fueron
Todas sus diferentes tentativas.

Con lo que despachado, fuése á Burgos
Para implorar del Conde la justicia;
Y allí en prision estrecha le encerraron,
De que logró fugarse á pocos días,

Huyéndose á Leon, porque esperaba
Tal vez hallar la proteccion antigua;
Pero hecho monje Alfonso, y la corona
Por el audaz Ordoño pretendida,

Encontró el reino aquel mísera presa
De discordias y guerras intestinas.
Y pasó al de Navarra, en cuya corte
El indolente y sin valor García

Sus ruegos desoyó. Buscó en la Francia
Amparo y proteccion; pero fatiga
Inútil fué, porque su rey huyendo
Del conde de Paris, y de la altiva

Ambicion de los duques de Borgoña,
Allende el mar en las britanas islas
Asilo y vengador buscó, llevando
Sus tesoros consigo y su familia.

Dijo Nuño, que entónces ir á Roma
Determinó, por ver si lograria
La proteccion del jefe de la Iglesia
Para el señor de Lara; y cómo habia

Visto al paso en Milan la ceremonia
Con que de hierro la corona antigua
Tomó el conde de Arlés, cual rey de Italia,
Refirió largamente (lo enemiga

Que fué la suerte injusta demostrando
A todas sus honradas tentativas,
Y cómo inexorables las estrellas
En contrariar su plan se complacian),

Que llegó á Roma en el fatal momento,
En que el décimo Juan, por la perfidia
De Marozzia, de Guiido de Toscana
Esposa, si del padre concubina,

Cayó al golpe traidor de daga infame
Por sacrílegas manos esgrimida:
Dejando yermo el solio pontificio
Y despierta la cólera divina.

Prosiguió Nuño, que cansado entónces
De mirar tan sin fruto sus fatigas,
Y despedido de encontrar doquiera
En el orbe cristiano alevosías,

Guerras, ferocidad, asesinatos,
Perjuros, parricidios y ruina;
Resolvió abandonar por siempre á Europa,
Y dirigirse á los remotos climas,

El gran sepulcro á visitar de Cristo,
Y los lugares do nació la vida:
Buscando luégo paz en los desiertos,
Entre los penitentes cenobitas.

En tal resolucion sus culpas todas
Con un prelado de virtud eximia
Humilde confesó, y en griega nave
Zarpó de Ancona con el rumbo á Siria.

Pero aún no satisfecha la Fortuna
Ni las estrellas ver logró propicias:
Del Adriático mar las bravas olas
De invierno duro las tonantes iras

Le opusieron constantes; y en el punto
En que calmado el tiempo, de Corcira
Saludaba los montes, fué cautivo
De una armada galera berberisca;

Y á Malta conducido, donde esclavo
De Sarracenos, que de aquellas islas
Eran dominadores, largo tiempo
Arrastró hierros y apuró desdichas.

Arrebatado yo tambien, ¡oh Malta!
Por las borrascas de la suerte impía,
Harto, aunque jóven, de encontrar á Europa
Poblada de traiciones y perfidias,

Huyendo de mi patria y de la tierra,
Tumba de gloria y de grandeza antigua,
Que el Arno, como un huérfano el sepulcro
De sus padres, con flores entapiza;

Sin más bien que mi amor, en rota nave,
Del viento y mar luchando con las iras,
A tí llegué, y en tus doradas rocas
Ví de mi juventud volar los dias (30).

Mas no hallé, como Nuño, en tí cadenas
Ni sarracenos bárbaros: delicias,
Obsequios, compasion, tiernos amigos,
Alivio grato de las penas mias,

Venturoso encontré. Tu ardiente suelo,
Ya florido jardin por las fatigas
Del diestro agricultor, tus altas torres,
Que períodos de gloria testifican,

Y tus buenos y honrados habitantes
Bajo el dominio hallé de la más rica,
Libre, ilustrada, noble y poderosa
Nacion, que el sol desde el zodiaco admira.

Allí me recibiste, tú, y me honraste,
¡Oh venerable anciano, que las Indias
Venturosas hiciste, Hástings ilustre!..
Mas, ¡ay! que de dolor pronto la isla

Ví cubierta, y de luto. Airada muerte
A su amor te robó... ¡tremendo dia!
Con el pueblo lloroso, hasta la tumba
Yo acompañé lloroso tus cenizas.

Woodford, Frere, Ponsonby, Zammit, Stílon,
Y tú que á Sancio tan de cerca imitas,
Hayzler, vuestra amistad, dulce consuelo
De todos mis afanes, está viva

En mi alma toda, y lo estará por siempre.
Si de llegar á vos logra la dicha
Esta historia, empezada entre vosotros,
Continuada del Sena en las orillas,

Y que dó tendrá fin el cielo sabe (31);
Aquestos versos de mostraros sirvan,
Que el bálsamo que disteis á mis penas,
Eterno vive en la memoria mia.

Y tú, risueña y deliciosa roca,
Asilo encantador, mansion tranquila,
Tú eres la patria de mis tiernos hijos,
Y podrás serlo para mí adoptiva.

¡Ay! si el destino inexorable y duro
(Tanto rigor el cielo no permita)
Me robase del todo la esperanza
De hollar del Bétis la region florida,

Y de aún gozar en sus frondosos bosques,
Gallarda sierra y fértiles campiñas,
Dulce vejez y paz; al punto, al punto
En tí ¡oh Malta! el sepulcro buscaria.

Mas tornemos á Nuño, y á su historia,
Que tiene la atencion de Salas fija,
Y halle gracia y disculpa mi extravío,
Por efusion de un alma agradecida.

Refirió Nuño pues, cómo amarrado
Al banco de un bajel por largos dias,
Sirviendo á los piratas sarracenos,
Ayudó con un remo á sus rapiñas,

Hasta que en noche oscura y borrascosa
Naufragando en las costas de la Libia,
En un mástil salvóse, á la mañana
Hallando á un tiempo libertad y vida;

Y que errante por montes y desiertos,
Apurando peligros y desdichas,
Tomó la direccion hácia el Oriente,
Y á los muros llegó de Alejandria.

Era el momento en que invadió el Egipto
Mahomad-al-Ashked, el ikschidita;
Y aunque halló Nuño en confusion la tierra,
Tuvo la proteccion y la acogida

Del patriarca Macario; sin peligro
Vió del fecundo Nilo las orillas,
Visitó las pirámides, y luégo
Prosiguió su camino á Palestina.